

Apuntes para un método de análisis mnemónico intergeneracional sobre la guerra civil

Magdalena González

Hace pocos años, en 1999, Alberto Reig Tapia titulaba la introducción a su libro *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*¹ con la siguiente apostilla: “¿Todavía la guerra civil?” Por supuesto, a continuación desarrollaba la justificación de su trabajo frente al tópico cansancio que, por tratarse de un tema “archiconocido”, podía presuponerse en un público lector convencional. Muy pocos años después esta presentación sería impensable. Y quizá en un doble sentido.

Consideraba el autor, en respuesta a quienes se quejaban de la insistencia en todo lo relacionado con la guerra, la conveniencia de restablecer la memoria de una España desconocida, silenciada y necesitada al menos “de unas balsámicas palabras de humana comprensión”². También afirmaba que la Constitución de 1978 había contribuido “muy notablemente a cerrar” la sima que la guerra del 36 había abierto entre los españoles. En general era un texto que avanzaba argumentos que hoy son comunes en la actualidad del debate historiográfico y social, pero que han resultado superados en su tibieza por el acercamiento crítico y reivindicativo, de participación, con el que una parte de la sociedad española ha vuelto a plantearse el recuerdo de la guerra civil y la lucha antifranquista en los últimos años.

Aún hoy, no deja de llamar la atención el “uso público” de su historia. Ambos temas están de permanente actualidad en los medios de comunicación, son el centro de debates políticos, se relacionan en los apartados de los presupuestos anuales de gobiernos nacionales, autonómicos, locales... se destacan formando parte de prácticas escolares o se deslizan en la temática de las novelas más vendidas y premiadas, en los guiones de cine y en la publicidad. Por no hablar de los actos reiterados de reconocimiento y homenaje a las víctimas de la guerra civil. Aunque también es notable cómo la demagogia los acerca cada vez con mayor insistencia. Y sin embargo, están cargados de forma “intacta” de auténtica razón democrática y de la necesidad de reparación de las víctimas directas, entre las que, con

¹ Reig Tapia, A. (1999): *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*, Madrid, Alianza Editorial.

² Reig Tapia, A., *Memoria...*, op. cit., p. 22.

seguridad, nos podemos incluir todos nosotros. Y, lo que parece más importante, ofreciéndose como vía cierta, ahora sí, y para todos, de conjurar los estigmas de la larga dictadura³.

No hay duda de que la guerra civil es el hecho más trascendental de la historia del tiempo presente en España, puesto que conforma cada una de las fases del ciclo histórico que, iniciándose en la II República, se da por terminado en la Transición. Así, convencionalmente, se ha explicado que la experiencia de modernización y democracia que supone el primer periodo citado se ve cercenada por los intereses y miedos de las clases tradicionales, que encontrarán acomodo para la defensa de los mismos en una dictadura fundamentada en la sangrienta victoria de la guerra, y que sólo, a través de la modernización económica, la muerte del dictador y los pactos alcanzados en la Transición, hará posible la instauración de la democracia en nuestro país, tutelada por una monarquía convenientemente constitucional. Aun siendo admisible parte de este esquema, las matizaciones que habría que hacer son, en mi opinión, de la mayor importancia. La primera de ellas tiene relación con la necesidad urgente de unir definitivamente la primera experiencia democrática de la II República con la Transición, de la que la primera es el referente inmediato y la base en la que se puede fundamentar la tradición y la reivindicación de los valores del estado de derecho. Este reconocimiento obligado revisa tópicos de la clase política de los setenta, la cual encaró, de la forma contemporizadora o colaboracionista, funcional, conocida por todos, el asunto del binomio Guerra Civil- II República.

La segunda cuestión tiene que ver directamente con el propio esquema presentado. La sucesión de las cuatro fases señaladas ha de ser revisada igualmente. Nada se cierra en la Transición, que deja tras sí una larga lista de trabajos pendientes y obligaciones inexcusables, que una parte de la sociedad española está decidida a reivindicar. Seguramente, y como ha señalado Paloma Aguilar, en las nuevas actitudes sociales y políticas, en relación con la guerra y la dictadura, “ha resultado crucial la transformación experimentada en la cultura política de los españoles, cada vez menos obsesionada con el orden y la paz, y menos atenazada por la culpa y el miedo”⁴. No ha concluido por lo tanto la vigencia activa de lo que convencionalmente vamos a llamar memoria de la guerra, sino que se ha visto fortalecida en un contexto internacional de más largo alcance, lo que la refuerza como valor político y social para las generaciones actuales. Hay nuevas lecturas obligadas, más complejas a partir del protagonismo de los testigos y víctimas de los grandes cataclismos contemporáneos, de su testimonio, sus vergüenzas y complejidades infinitas. Ha sido G. Agamben quien ha reparado en “el vicio de la conciliación que entaña toda teodicea”⁵, impidiendo al tiempo tomar conciencia de la difusión irreversible del mal. Y esta carga ética es otra aportación sobre la que reflexionar para la actualización del concepto de sociedad democrática. Lo que nos interesa saber es el significado ético y político de lo sucedido, su valor para la actualidad en la medida en que está conformado por el acontecer histórico, cargado por lo tanto de tiempo y

³ Del Río, A. (2005): “Los alcances del movimiento social de la recuperación de la memoria histórica: apuntes de la experiencia andaluza”. Comunicación inédita presentada en el X Congreso de Antropología, “Políticas de la memoria en los sistemas democráticos”, Sevilla 19-23 de septiembre de 2005.

⁴ Aguilar, P. (2004): “Guerra civil, franquismo y democracia” en *Claves de la Razón Práctica*, nº 140, Madrid, pp. 24-33.

⁵ Agamben, G. (2002): *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*, Valencia, Pre-textos, p. 19.

subjetividad. Es en este contexto en el que espero que tenga sentido el artículo aquí presentado.

Como sabemos, la investigación historiográfica sobre nuestro pasado más reciente se inscribe en planteamientos abiertamente interdisciplinarios, con aportaciones metodológicas casi siempre próximas a la valoración de las voces silenciadas o marcadas por un discutible, al parecer, anonimato. El ejercicio de la narratividad es la forma del individuo desplazado⁶ que, de manera acorde con el rasgo distintivo de nuestra época, y paradójicamente, cada vez reclama un mayor protagonismo. Así, el historiador se ha acercado a los problemas de la memoria y su devenir específico, pues se encarna en la construcción del relato la relación básica para la historiografía entre individuo y sociedad, acontecer y tiempo. La utilización normalizada de fuentes orales ha puesto de manifiesto la existencia y la importancia de lo que podemos llamar memoria social o colectiva y se han mostrado de una gran utilidad para su estudio. El historiador asiste a la construcción de la fuente siendo consciente, como ha hecho notar Paula Hamilton⁷, del carácter “fluido” de la memoria dentro del esquema social, pues es en diálogo con la comunidad como nace el discurso de la memoria, ya que aquélla es su destinatario último. Se habla desde muchos y a muchos. Finalmente, las formas culturales, es decir, los tópicos, las modas, las imágenes consensuadas socialmente, crean las “condiciones de posibilidad” para la audiencia, relacionando el presente, el pasado y el futuro.

Como se puede deducir, no es fácil en la investigación histórica tratar el asunto de la memoria o de las memorias. Seguiremos en esta exposición las consideraciones que ha realizado recientemente el profesor Julio Aróstegui a tal propósito⁸ y que parecen muy clarificadoras. Así podemos comenzar a partir de la siguiente idea: los traumas colectivos implican siempre un efecto de memoria, que termina por dar lugar a la creación de un mito fundacional, el cual con el paso del tiempo es objeto de continuas reinterpretaciones por quienes en él participan. En el caso de España el hecho traumático fundacional de nuestra “historia vivida”⁹ es la Guerra Civil, que como es evidente para todos, y lejos de perder su funcionalidad, permanece actual y con una viveza extraordinaria, no fosilizado. Esto es así en parte porque los mitos no permanecen fijos o estables, porque pertenece a su naturaleza el adecuarse a las necesidades de quienes los alientan desde el momento temporal del que son coetáneos. Ahora bien, no es un concepto biológico lo que aquí interesa resaltar, sino el valor de la memoria y del olvido, cambiantes, alterables, heterogéneos, fragmentados, no coincidentes..., pero simultáneos y activos en un tiempo común para hombres distintos.

Aunque la memoria generacional se forme con el paso del tiempo, se caracteriza por estar sometida en el presente a constante revisión y discusión ¿Cómo la memoria colectiva, y el olvido o el silencio, construyen, fijan un relato significado, no inocente ni casual, útil, de los hechos traumáticos a los que nos venimos refiriendo? ¿Cómo actúa la memoria en el tiempo? Podríamos plantear también la siguiente pregunta: ¿Cómo la memoria crea, en el tiempo, la

⁶ Marinas, J. M. (2004): *La razón biográfica. Ética y política de la identidad*, Madrid, Biblioteca Nueva.

⁷ Hamilton, P. (1994): *The knife edge: debates about memory and history. Memory and History in 20th Century Australia*, Melbourne, Oxford University Press.

⁸ Aróstegui, J. (2006): “Traumas colectivos y memorias generacionales: El caso de la Guerra Civil.” en Aróstegui, J y Godicheau, F. (Eds.): *Guerra civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons.

⁹ Aróstegui, J. (2004): *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza Ensayo.

imagen colectiva, con valor público, en la que los hombres de un grupo social determinado se pueden reconocer en sus cambiantes presentes?

Volviendo al caso de nuestro país, el mito de la guerra civil, la percepción de su actualidad, ha ido cambiando de modo diacrónico, ha ido dando lugar a la construcción de las diferentes memorias a las que antes he aludido. El referente generacional, entendiendo la generación como una posición temporal respecto a un hecho histórico, permite establecer un marco de trabajo de enorme utilidad por su capacidad explicativa, puesta de manifiesto desde la antropología o la sociología, especialmente en cuestiones relacionadas con el cambio social. Por lo tanto, no debería ser relegado como mecanismo analítico para algo tan complejo como el valor social y político de la memoria de la guerra civil y de la lucha antifranquista en el tiempo y la sociedad actuales.

Como también puntualiza Aróstegui, las memorias sucesivas de un hecho traumático están ligadas a la sucesión misma del poder y sus fluctuaciones, y a los usos que el poder pretende hacer de la memoria histórica. Aunque las memorias convivan y se solapen, como ya apuntó Ortega¹⁰, siempre hay una que será durante un tiempo la dominante y sobre ella se generarán parte de las tensiones que todo cambio conlleva. Por ejemplo, si pensamos en la actualidad española, asistimos cada día a las manifestaciones de este conflicto: no sólo la famosa generación de los nietos reclama nuevas interpretaciones del pasado, sino que también dentro de la propia generación de los padres, a veces tan monolíticamente orgullosa de su participación en la Transición, empieza a haber grietas sobre la situación política actual. Entre lo más llamativo está hoy la discusión pública en torno al Estatuto catalán. Así, podemos escuchar las declaraciones de miembros del PP reclamando para su partido la fidelidad al espíritu democrático de los pactos de la Transición, a los que se estaría manteniendo fiel, mientras que por el contrario el PSOE sería un partido interesado en pactar “sólo” con los que perdieron la guerra. Esta estrategia de la derecha para apropiarse ahora de la Transición, aunque pudiera parecer sorprendente, juega claramente con el esquema hasta ahora consensuado y de hondo calado en nuestra sociedad actual, que presentaba la época a la que nos referimos como la del diálogo y el acuerdo, enfrentada a otra época violenta de la que más valía no acordarse: la de la República y la guerra. ¿Es ésta una de las consecuencias del enfrentamiento generacional, en cuanto al uso público de la memoria, o se trata de la sustitución de unas memorias públicas dominantes por otras? ¿O es sólo la conocida estrategia política que convierte en radical todo lo que tiene que ver con la reivindicación de la izquierda republicana o antifranquista? ¿Será a partir de ahora la Transición un patrimonio de la derecha?

Como ya apuntaba y en relación con esto, el interés del modelo generacional está en su carácter de herramienta metodológica para saber cómo actúa la memoria colectiva a largo, medio y corto plazo¹¹ en relación con lo que le es consustancial, es decir, la transmisión de lo conocido, de su revisión y actualización constante, de su reelaboración. Precizando en el objeto de mi investigación, conocer las estrategias de comunicación, colaboración y ruptura

¹⁰ Ortega y Gasset, J (1933): *En torno a Galileo*. Edición de José Lasaga Medina (2005), Madrid, Biblioteca Nueva.

¹¹ Aróstegui, J. (2006): “Traumas colectivos y...”, op. cit.

dentro de la dinámica de los hechos históricos, de lo que comúnmente se entiende por historicidad de la memoria colectiva.

Definir lo que es una generación es un asunto que entraña algunas dificultades y matizaciones. Daremos por válida la que Zarco y Orueta presentan como síntesis del pensamiento de Ortega y Mannheim¹²: “Un grupo de personas que siendo contemporáneas y coetáneas presentan cierta relación de coexistencia, es decir, tienen intereses comunes, inquietudes análogas o circunstancias parecidas”¹³. Como también plantean estos autores, interesa aclarar que una generación surge en una “zona de edad”. Se forma parte de la generación en la que se es, o se fue, joven con otros, y en el tiempo en el que un acontecimiento histórico ha marcado al grupo social en el que uno encuentra su propia identidad. Aun así, hay que matizar, pues ni siquiera en el punto de la delimitación concreta se pueden establecer de manera definitiva las fechas de inicio y fin de una generación, ya que éstas pueden depender de factores como la esperanza de vida, el tipo de sociedad de la que estemos hablando o el propio tema de interés que justifique su existencia. Es decir, dependiendo del asunto en el que se centre el estudio, no tienen por qué ajustarse en sus límites cronológicos a pautas ajenas a la propia investigación. Estos son algunos de los problemas que merecen atención y explicación, pero lo interesante y más difícil es poder observar a las generaciones de forma dinámica: su continuidad de grupo evolucionando en el tiempo.

En relación con la memoria colectiva, el aspecto generacional de la misma informa sobre el carácter común de los contenidos que son elaborados y seleccionados de manera conjunta por quienes tienen “expectativas” similares¹⁴. Se elige lo que es relevante y significativo en conexión con los intereses y la identidad de los miembros del grupo. Al no haber un único grupo, son varias y distintas las memorias colectivas, las reinterpretaciones y reelaboraciones que entran en juego y que generan tensiones y conflictos¹⁵. Ahora bien, desde la escuela alemana ya Dilthey había hecho notar que las diferentes generaciones son contemporáneas. Para él contemporaneidad equivalía a estar sometido a las mismas influencias por parte de la cultura intelectual y de la situación política. Esto no sólo es muy importante para nuestros intereses, sino que también es el punto de partida de las formulaciones de Mannheim, que terminará por afirmar que lo importante son las fuerzas sociales, sus tensiones, y que las generaciones sólo serían uno de los factores constantes que estructuran la historia¹⁶, aunque sin él no sería posible la explicación de ciertas continuidades o rupturas específicas.

Hace tiempo que quedó explicitado que el vínculo generacional es la memoria¹⁷. También sabemos, porque nos lo enseñó Halbwachs¹⁸, que el lenguaje, la familia y las clases

¹² Mannheim, K (1928): “El problema de las generaciones” en *Reis*, nº 62.

¹³ Zarco, J. y Orueta, A. (1998): “La idea de generación: una revisión crítica” en *Sistema*, nº 144. pp 107-115.

¹⁴ Jansen, N. (1977): *La teoría e las generaciones y el cambio social*. Madrid. Espasa-Calpe.

¹⁵ Jedlowski, P. (2000): “La sociología y la memoria colectiva”, en Rosa Rivero, A., Bellelli G., y Bakhurst (eds.): *Memoria colectiva e identidad nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva.

¹⁶ Sánchez de la Yncera, I. (1993): “La sociología ante el problema generacional. Anotaciones al trabajo de Karl Mannheim” en *Reis*, nº 62. pp 147-192.

¹⁷ Ricoeur, P. (1995): *Tiempo y narración*, México D. F. Siglo XXI.

sociales son los marcos de la memoria en los que se cumple un complejo proceso de socialización a través de normas de fijación mnemónica y de olvido. A este esquema hay que añadirle el papel, o el marco, o la influencia decisiva, que a partir de un momento determinado, y con la socialización de valores que desarrolla el estado moderno, supone la intervención, en la elaboración y transmisión de la memoria colectiva, de las instituciones públicas y los medios de comunicación. En esos “marcos” hay que buscar las referencias recordadas, las marcas de los componentes políticos, sociales y culturales compartidos, que tienen que ser medidas, valoradas dentro de la propia generación en su dinámica temporal, pero también en orden al resto de las generaciones contemporáneas. Lógicamente, para completar las variables más significativas, creo imprescindible atender a la diferenciación de sexo, pues son evidentes las diferencias entre hombres y mujeres en lo que atañe a las formas de transmisión del recuerdo.

Relacionar generación, familia, lenguaje, clase social y papel jugado por las instituciones públicas y los medios de comunicación en la creación de un imaginario de actualidad y vigencia política encuentra un espacio especialmente adecuado en el ámbito de lo local: una vez establecidos los grupos generacionales y utilizando la metodología de las fuentes orales y la encuesta, se puede llevar a cabo la investigación sobre una muestra representativa para el conjunto del marco poblacional. La extraordinaria sensibilidad del tejido social en los pueblos, su íntima y sorprendente complejidad para los ajenos, y sin embargo, tan fácilmente legible para los propios, hace de estos territorios los ajustados para el conocimiento de los caminos de la memoria. La historiografía actual viene poniendo de manifiesto además la oportunidad de atender a lo local, que, lejos de ser una limitación, crece en posibilidades explicativas a través de la aplicación de formulaciones teóricas generales y la utilización del método comparativo. También es posible desde las comunidades más pequeñas y cerradas entrar en la complejidad de las redes familiares y los poderes municipales, sin perder la perspectiva generacional y la imagen evolutiva de la violencia generada por la guerra civil.

Si nos centramos, de acuerdo con nuestros intereses, en el caso concreto de Andalucía y la II República, los ayuntamientos, como se ha encargado de demostrar Cobo Romero¹⁹, resultaron esenciales en la plasmación de las diferentes estrategias empleadas por los grupos sociales rurales para hacer prevalecer sus intereses en el conjunto de cada comunidad agraria. Desde 1931 los alcaldes y concejales de izquierdas comenzaron a alterar el orden tradicional en contra de los intereses de los ricos propietarios y hacendados, que veían en el cambio de las condiciones establecidas para la contratación de mano de obra jornalera una amenaza para sus beneficios. De manera contraria y sin esperar, a partir de los resultados de las elecciones de 1933, fueron los propietarios los que pusieron todo su empeño en que desde los gobiernos civiles se nombraran gestoras municipales que dieran al traste con el programa reformista de los años anteriores. Aunque estas consideraciones deban ser matizadas según cada caso, lo cierto es que en la mayoría de los pueblos andaluces la República se vivió como una posibilidad real hacia la consideración de las aspiraciones de los jornaleros, cada vez más conscientes de que ésa era su oportunidad, incluso teniendo en

¹⁸ Halbwachs, M. (1925): *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos (2004).

¹⁹ Cobo Romero, F. (2004): *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía*, Granada, Universidad de Granada.

cuenta su progresiva decepción respecto a la manera de actuar de unas fuerzas políticas reformistas incapaces, por ejemplo, y como pronto se tuvo ocasión de comprobar, de sacar adelante la Ley de Reforma Agraria. La progresiva radicalización del movimiento obrero y sus planteamientos de revolución social, harán reaccionar a los grupos tradicionales y conservadores dispuestos a impedir ese cambio. Como sabemos, la represión franquista tendrá como objetivo prioritario la destrucción de todas las organizaciones de izquierda y de quienes las representaban, porque habían encarnado parte de esas aspiraciones durante el período democrático republicano.

Ayuntamiento, Iglesia y Falange son las instituciones que polarizan en la vida local los intereses de clase durante la dictadura franquista, y a través de ellas el régimen repartirá los beneficios de su victoria en una relación de intercambio establecida a partir de las expectativas generadas en la sociedad respecto al poder político²⁰. Igualmente a través de las mismas se ejercerá el sistema de represión, intimidación y violencia.

Como ha sido sintetizado recientemente²¹, el estudio de la violencia política generada por la guerra y mantenida durante la dictadura franquista necesita conocer la memoria de la misma, su percepción colectiva, los canales de transmisión cultural en los que se sustancia, sus caracterizaciones discursivas, la “utilidad” de sus mitos políticos e ideológicos para el poder... En definitiva, ver cómo se crea una cultura política específica a partir de la práctica violenta que encarna la dictadura y hasta qué punto influye o está presente en la actualidad.

La violencia irrumpe en la retaguardia andaluza sublevada de manera trágica e inmediata y si, como ha señalado González Calleja, la violencia debe ser analizada en el contexto del conflicto social y en relación con las particulares condiciones del sistema político en el que el conflicto se sitúa²², está claro que su práctica se concreta no sólo en un ajuste de cuentas, sino en una operación profunda que pretende extirpar todo lo que pudiera haberse pensado como una variación en el orden rural tradicional que obligaba a los jornaleros a una situación de miseria, ignorancia y miedo conocida por todos. No sólo se liquida a quienes protagonizan los años republicanos desde la izquierda, sino también a líderes históricos que venían del comienzo del siglo o del trienio bolchevique, como ha investigado Fernando Romero para los pueblos de la sierra de Cádiz²³. La guerra, en esta retaguardia, es la historia de la represión que se autojustifica en el desarrollo histórico precedente y en el esquema de enfrentamiento de clases sociales en Andalucía, al reaccionar éstas ante el republicano y modernizador proyecto de formas radicalmente distintas y sin posibilidad de acuerdo. El nuevo régimen quiere una clase trabajadora despolitizada y sumisa que asegure el beneficio histórico de los propietarios.

²⁰ Paya López, P. (2002): “Violencia, legitimidad y poder local. La construcción simbólica de la dictadura franquista en una comarca alicantina. El Vinalopó Medio 1939-1948” en *Pasado y memoria*, nº 1, Universidad de Alicante.

²¹ Muñoz Soro, J., Ledesma J. L., Rodrigo, J. (2005): “Presentación. La cultura de la fuerza o la fuerza de la cultura” en Muñoz J., Ledesma J.L. y Rodrigo J. (Coords): *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*. Madrid, Sietemares.

²² González Calleja, E. (2003): *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Madrid, CSIC.

²³ Romero, F. (2005): “Víctimas de la represión en la sierra de Cádiz durante la guerra civil (1936-1939)” en *Almajar*, nº 2.

Es tónica la afirmación de que en los pueblos “todo el mundo se conoce”. De forma específica, en las guerras civiles los procesos violentos se desencadenan en los marcos de la vecindad, la familia y la amistad. El punto de partida está en la excepcionalidad de todo lo que ocurre en los primeros meses de la guerra, en el permiso generalizado para el uso de la violencia, que tendrá como consecuencia que los lazos de cohesión de la comunidad queden destruidos a la espera de la definición de una nueva situación a la que acoplarse o ante la que reaccionar. El nuevo estado buscará su propia legitimidad en el consenso obtenido a través de la violencia y de la amenaza de su uso. En palabras de Gross explicando la participación de los “vecinos”, no de los ocupantes nazis, en el exterminio de los judíos de una aldea polaca llamada Jedwabne: “Como las instituciones y los rituales patrocinados por el Estado requerían la movilización de la sociedad y la participación de las masas, el pueblo se hizo cómplice, en mayor o menor medida, de su propio sometimiento”²⁴. Por miedo, por la búsqueda de seguridad en la nueva situación, por no querer quedar fuera de algún reparto, incluso quién sabe si por la propia fascinación del mal... se participa y se colabora, o se elige la pasividad como forma de supervivencia. La convivencia entonces es posible.

Siguiendo los trabajos de Conxita Mir²⁵, interesa destacar, para el ámbito del mundo rural andaluz, cómo el poder local canaliza la participación ciudadana a través de la denuncia para que la justicia actúe de forma rápida y eficaz y funcione el sistema represivo. Es más, la historiadora asegura que tal es la principal razón del contenido político de esas instituciones. Las redes de dependencia comunitaria se habilitan para la vigilancia y el éxito de la represión en todos los niveles, incluidos los pertenecientes a la vida cotidiana y privada de las personas. Así el régimen se implanta en las esferas de lo público y lo privado. Sin embargo, el esquema social y político de la dictadura inventa bien poco. Elige lo que ya existía y lo refuerza con contenidos que validan sus propios intereses. Ugarte Tellería, en relación con su investigación sobre el carlismo, afirma: “La guerra introdujo tensiones, colocó a las gentes en situaciones límite que nos permiten ver diáfano rasgos de comportamiento, formas de relación social que en circunstancias normales difícilmente aflorarían. Es, pues, antes que una historia de la guerra, una historia de aquella sociedad en que fue posible la guerra, sobre los mecanismos internos que la constituían y que condicionaban las formas guerreras”²⁶. Es decir, su interés está en la conexión directa entre la forma de continuidad de la vida diaria y los momentos de acción y cambio no convencionales. En los pueblos de Cádiz la figura del cacique se refuerza al ser un eslabón directo del régimen, los linajes asociados a las diferentes jerarquías sociales funcionan con precisión matemática, los símbolos del nuevo estado se representan en los escenarios de la misa mayor o de la escuela, el ritmo y el estatismo de las plazas es marcado por los de las casas y tierras de los señores.

Las fuentes orales encuentran en todo esto uno de sus tabúes en la medida en que el lenguaje es el vehículo de la memoria. En la transmisión generacional del recuerdo de la violencia hay tanto de contado como de callado (precisamente es en este punto donde el

²⁴ Gross, J. T. (2002): *Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Madrid, Crítica.

²⁵ Mir, C. (2000): *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de potguerra*, Lérida, Milenio.

²⁶ Ugarte Tellería, J. (1998): *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva.

análisis de los diferentes niveles del lenguaje tendría mucho que desvelar en la investigación histórica). Es frecuente que los testimonios de quienes hablan se carguen de tópicos al abordar estos asuntos y que se fosilicen recorriendo los caminos de la simulación. O que no quieran hablar y eludan las preguntas. Lógicamente no se pueden olvidar los efectos del trauma sobre la memoria, pero también hay que valorar explicaciones hartas probadas, como la que Luisa Passerini dio hace años al afirmar que el verdadero triunfo del fascismo era la negativa a hablar, la propia autocensura de las víctimas²⁷. Sin embargo, en una época tan “gritona”, tan necesitada de protagonismo como es hoy nuestra actualidad, quizás hubiera de ser revisada esa afirmación para ajustar la interpretación del silencio con el que nos podemos encontrar los investigadores. En cualquier caso, la memoria social es un proceso selectivo que sigue sus normas y responde a sus necesidades de validez para hacerse posible. Lo que no responde a este esquema, sobra. El olvido es una capacidad activa y el silencio también tiene su elocuencia. Los acontecimientos traumáticos revividos por las personas tienen la capacidad de generar no sólo dolor, sino sentimientos de culpa que impiden la acomodación al presente. A través de la psicología social sabemos que se encara mejor el presente cuando el recuerdo es menor y menor el conocimiento del pasado²⁸. Luego no siempre el olvido es el fracaso de la memoria.

Ahora bien, una memoria sólo puede ser social si es capaz de ser transmitida a través de la articulación simplificada de imágenes que son ordenadas en un relato simbólico²⁹. De ahí el interés del estado totalitario en su tarea de imponer y seleccionar símbolos en el espacio público de la nueva España, ajeno a la existencia de otras realidades distintas de las propias. En todas las dictaduras es obligada la existencia y la rebeldía de “las otras memorias” que encuentran sus vías de transmisión y tienen que protegerse en los territorios reducidos de la clandestinidad y de la privacidad, es decir, de la familia. De Paul Ricoeur recoge Andreas Huyssen otra idea interesante sobre este asunto, que nos puede resultar de utilidad en relación con nuestro propio país, y es la de que existen además otras formas de obligar a la desmemoria, entre las que figuraría lo que podríamos denominar el olvido institucional, el cual a veces las nuevas autoridades han pretendido imponer con las fórmulas de amnistía pactadas para las transiciones hacia sistemas democráticos³⁰. De qué manera ese legado de la memoria insumisa ha llegado, o no, hasta la conciencia democrática actual como valor público y cuál sea su peso político en la misma, es otra de las aportaciones que cabría esperar del estudio de la transmisión generacional de la memoria de la guerra civil.

Ejemplificaré lo que vengo explicando hasta aquí en el caso concreto de una población de la costa gaditana, Conil de la Frontera, que tiene en la actualidad 20.000 habitantes, tenía 6.900 en la década de los treinta y unos 13.200 en los setenta. El golpe de estado “llegó” a Conil el 21 de julio del 36 en dos camiones cargados de fuerzas regulares dirigido por falangistas de la zona. En los días siguientes se sucedieron las detenciones, los registros, las huidas... En definitiva, los primeros pasos de un drama repetido en muchos lugares, que

²⁷ Passerini, L. (1987): *Fascism in popular memory. The cultural experience of the Turin working class*, Cambridge, Cambridge University Press.

²⁸ Valencia, J. F. y Páez, D. (1999): “Generación, polémica pública, clima social y recuerdo de hechos políticos” en *Psicología Política*, nº 18.

²⁹ Fentress, J. and Wickham, Ch. (1992): *Social memory*, Oxford, Blackwell.

³⁰ Huyssen, A. (2002): *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica.

tendrá su momento crítico el día de la patrona, ocho de septiembre, en el que se hace una saca de un improvisado calabozo y se asesina de madrugada a siete personas, trabajadores jóvenes, solteros y socialistas. Días más tarde se mata a otras dos personas detenidas en el campo, y finalmente, de nuevo coincidiendo con una fiesta mariana, el día de la Inmaculada, a otro vecino más, un muchacho muy joven conocido por todos y a quien sus padres, en un intento de protección imposible, habían estado acompañando cada noche de su reclusión en la cárcel del pueblo. Mujeres paseadas, palizas, escenas difíciles de recordar, rumores, miedo... y, administrando el nuevo estado de cosas, los caciques (“mis amos”, dicho hoy día) entonces falangistas activos y comprometidos de forma destacada en el golpe a nivel provincial, los curas traidores, las mujeres deladoras... La represión seguirá su curso sistemático: 85 personas afectadas por la ley de responsabilidades políticas, diez consejos de guerra, incautaciones de bienes y negocios en el caso de dos familias propietarias de filiación republicana y socialista, encarcelamientos, destierros, exilios, convivencia con militares y con un batallón disciplinario de trabajadores incluido en el plan defensivo del Campo de Gibraltar.... y miseria, hambre y pobreza, dentro de una estructura social y política que se mantiene inamovible hasta el año 75, a pesar del turismo de los años 60, novedad tímida comparada con la tópica avalancha de otros lugares. Desde las primeras elecciones municipales el pueblo votó a la izquierda, primero al PSOE y después a partir de 1996 a IU, sin que hubiera un concejal poco menos que testimonial de AP hasta 1983. Y así sigue. Finalmente el desarrollo económico ha alcanzado al conjunto de una población que hoy es próspera, sin apenas desempleo, joven, con un nivel de asociacionismo alto y una cierta conciencia de singularidad que sorprende vista desde fuera. Y no es que esta singularidad no exista, pero radica en un rasgo diferente del que los habitantes de este pueblo elegirían para reconocerla, y es la pervivencia de un código social desacorde, como podría pensar alguien en un principio, con la moderna actualidad y la prosperidad del negocio turístico e inmobiliario, y sin embargo, nacido de la estructura que fijó la dictadura y alimentó la violencia de su ejercicio.

De manera esquemática, utilizando los datos del último padrón municipal, y manteniendo las fechas como límites flexibles, la estructura generacional que se puede establecer en este caso y que es operativa en relación con el estudio de la transmisión de la memoria de la guerra civil es la siguiente:

Una primera generación, la de quienes nacieron entre 1910 y 1935 (aproximadamente el 9% del total de la población), con frecuencia llamada la de los abuelos, la de los combatientes o la de la confrontación³¹. Aunque el significado de cada una de estas formas de nombrar es válido y aporta matices diferentes, es la cualidad de “testigos” de los hechos históricos lo que tienen en común quienes la integran, y lo que parece más necesario destacar para valorarlos como constructores o como punto de partida del relato que acabará siendo una seña de identidad para la comunidad: todo este grupo generacional está caracterizado por la posibilidad del valor ético y pedagógico del testimonio, especialmente heroico si valoramos la guerra contra la memoria que supone toda dictadura, y al que hace referencia

³¹ Aróstegui, J. (2006): “Traumas colectivos y...”, op. cit.

Traverso al tratar los casos de Jean Améry y Primo Levy³². En conjunto representan el relato del yo, la familia, el trabajo y el sacrificio en la gramática de la prudencia y el conocimiento del comportamiento humano por la propia experiencia del tiempo.

Las diferencias entre un adulto joven en el año 36 y un niño que nace en ese momento son obvias, pero las experiencias de la guerra y la primera postguerra en la retaguardia quedan unificadas en la memoria, precisamente por las características de la violencia que irrumpe en la vida y por los mecanismos de búsqueda de consenso ya citados. P. Waldman ha explicado con precisión las características de las guerras civiles como las de conflictos especialmente crueles, precisamente por la percepción que tienen de ella personas que viven en una máxima proximidad³³. Digamos que, de diferentes maneras, su hecho generacional más significativo fue la guerra y la primera postguerra. Son las personas que hoy tienen entre 95 y 70 años y que tenían entre 65 y 40 al comienzo de la Transición. En los mayores del grupo (hoy un número insignificante, apenas un 1,8% del total, que se reduce si nos referimos a los posibles informantes que gocen de salud y disponibilidad), la guerra en el bando sublevado es la descripción del antes y el después, la búsqueda de las causas en la República, el frente y la enfermedad (la sensación de desolación que resume una letra del flamenco nacida en otro tiempo, aunque ya intemporal: “Yo no vía más que sielecito y agua ¡Dios mío, dónde voy yo!”). Han desaparecido los líderes de esos años y apenas existen relatos de personas con una conciencia política manifiesta. Las cohortes más jóvenes de esta generación, y que constituyen la mayoría de las fuentes orales que hoy se prestan a ser escuchadas, son para nosotros “los ojos”³⁴ que vieron reaccionar a sus padres y abuelos, los que lloraron en los registros de sus casas, los que llevaron los desayunos a los detenidos e hicieron de mensajeros de oscuros envíos, pero también son los que gritaban a las mujeres humilladas o insultaban y apedreaban a los presos del campo por encima de las vallas... Educados en el silencio y la miseria, pagaron cara una cuenta que no era la suya: la renuncia al legado que les hubiera pertenecido, el analfabetismo, el hambre y la explotación. La Transición tampoco les hizo protagonistas. Por su edad han vivido una permanente evolución, tanto en lo económico, como en lo político, lo social y lo personal. Habilitados para la prudencia, el no compromiso y la pasividad social, reaccionan hoy ante las demandas de información asumiendo con frecuencia un protagonismo y un deber en los que nunca habían pensado.

La segunda generación, la de los padres, de la reconciliación, o mejor y más tópicamente, la de la Transición, abarca los nacidos entre 1936 y el final de los años cincuenta, es decir, son los que desde el primer momento pudieron participar activamente en el proceso del cambio político y tuvieron una voluntad o sentimiento de mejorar el futuro. Son poco más del 20% de la población. Este grupo que vivió la autarquía, llega a la vida activa coincidiendo con el desarrollismo de los sesenta. Su nivel de formación es más alto a medida que van siendo más jóvenes y cada vez más ajenos al mundo de sus padres. Se socializaron fuera de la familia, en los centros de estudio, de trabajo, en el grupo de amigos o en los

³² Traverso, E. (2001): *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder.

³³ Waldman, P. y Reinares, F. (1999): *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona, Paidós.

³⁴ Barthes, R (1990): *La cámara oscura. Nota sobre la fotografía*, Barcelona, Paidós Comunicación.

barrios. Se incorporaron al mercado laboral en los sesenta y setenta y asumieron un compromiso cívico y político que los alejaba de las bases familiares que los precedían. En el "Informe Petras"³⁵ del año 96 se señala como característica generacional la emergencia de una conciencia de clase explícita a través de la lucha sindical, antifranquista, y del movimiento vecinal. En el caso del pueblo al que me vengo refiriendo son los primeros que empiezan a emigrar con voluntad de ascenso social, aunque mantendrán con frecuencia unos fuertes lazos con su comunidad de origen. Su formación política se adquiere "fuera", pero se hace "con los de Conil" participando activamente en la vida política municipal. En el primer ayuntamiento del 79, de los 17 concejales 10 eran del PSOE, 4 de UCD y 3 del PT y la media de edad estaba en los 40 años, con la clara excepción de un concejal "histórico", socialista, muy significativo para el pueblo y perteneciente a la generación de la guerra civil.

Al morir Franco y comenzar el proceso de cambio institucional, la derecha y los clanes representativos del régimen desaparecieron de la esfera pública, especialmente los mayores, limitándose a mantener sus posiciones de fuerza en otros terrenos mientras les resultó posible, consiguiendo a veces mantener activa la defensa de sus intereses a través de sus sucesores. Tampoco éstos participaron, en un modelo histórico de fidelidad al linaje. Sólo hay una excepción muy conspicua y valorada por ello hasta hoy. En general, los que participaron activamente en la política de esos años eran personas pertenecientes a familias aparentemente apolíticas, pero de tendencia izquierdista, como era y sigue siendo el sentir mayoritario de este pueblo, de lo que dan fácil constancia las fuentes orales. Supieron de la guerra en los libros de texto de una escuela que mitificaba los nombres de personajes, ciudades o episodios de la "gesta" fascista, pero percibieron un código semántico distinto en el entorno familiar. De la postguerra y la represión lo ignoraban, en la mayor parte de los casos, casi todo.

La tercera generación, la del cambio, la de los nietos, está formada por los nacidos a partir de los años 60 y hasta 1975. Representan el 26,7% sobre el total de la población. Educados fuera del rastro de la dictadura y de la lucha antifranquista, en su mayoría han adquirido información sobre este período y la guerra civil a través de los temarios académicos y de los medios de comunicación. Téngase también en cuenta que es la generación que ha disfrutado de una mayor tasa de escolarización universitaria. Empezaron a vivir su juventud en el momento de la modernización iniciada en el 82. Hijos de un baby-boom retrasado en el caso de España, y mantenido en el caso de Andalucía, acceden al mercado de trabajo con mayor cualificación, pero menores expectativas de futuro que sus padres, debido al empleo estacional, la precariedad laboral y el paro. Consumistas e individualistas, y con frecuencia tachados de apolíticos, cada vez más desligados de la influencia religiosa, forjaron su identidad generacional en la época del referendun de la OTAN, de la caída del muro de Berlín, de la corrupción política, del GAL, la guerra del Golfo y la globalización. Son el primer grupo generacional que como tal asume sin problemas cuestiones tradicionalmente conflictivas, como el Estado de las Autonomías o las nuevas cuestiones sociales, y que parece afrontar sin complejos la necesidad de una segunda transición, utilizando como referencia el discurso de la memoria ligado al de los derechos humanos y la justicia.

³⁵ "Informe Petras: dos generaciones de trabajadores españoles", en *Ajoblanco*, nº 3, 1996.

Es ya una generación que tiene sus primeros grupos de edad en el poder (en el actual ayuntamiento de Conil está representada por el 50% de sus miembros). Sin miedo a la hora de mirar atrás, mantiene sobre el régimen franquista una postura mucho más crítica que cualquiera de las otras dos generaciones con las que convive, y, en una supuesta posición de resistencia, encuentra referencias en la generación de sus abuelos para plantear la necesidad de una política de reparación para las víctimas. Son los representantes de esta generación los que tienen la determinación de desarrollar una política de la memoria que, para ser real, necesita la intervención de los poderes públicos, con lo que se estaría en vías de consolidar un sistema democrático más auténtico y justo.

Finalmente podríamos hablar de una cuarta generación, llamada por algunos autores “del milenio”³⁶, los nacidos entre 1976 y 1990, parte de cuyas cohortes, las nacidas entre 1982 y 1986, votaron por primera vez en las pasadas elecciones de 2004, con los resultados de todos conocidos. Hasta ahora los hechos generacionales que los identifican son los que tienen que ver con el terrorismo internacional: atentados del 11 de septiembre en Nueva York, del 11 de marzo en Madrid y guerra de Irak. Lo más interesante para la cuestión aquí propuesta será saber sobre qué bases se establecerá la relación entre estos sucesores y la generación que hoy es más activa en la pugna por la memoria.

La memoria colectiva no es algo natural o espontáneo, sino una construcción social y por lo tanto terreno de conflicto, puesto que en ella se han de acordar las señas de identidad del grupo. Ya se ha señalado que los mismos acontecimientos afectan de forma distinta a cada generación. En este sentido es significativa la investigación realizada por Paéz y Valencia sobre la memoria generacional y el recuerdo de los hechos históricos³⁷: demuestran, a partir de un estudio realizado en 1997 en la Universidad del País Vasco que, a mayor cercanía a un hecho histórico determinado mejor se conoce, pero que en los casos de acontecimientos mantenidos activamente en el recuerdo a través de conmemoraciones o estímulos culturales, como ocurre con el mal llamado Holocausto o con la Segunda Guerra Mundial, éstos son conocidos por la mayoría de la población independientemente de la edad o el grupo generacional al que pertenezca. Cuando se preguntó a los encuestados, incluidos en las tres generaciones a las que nos venimos refiriendo, cuáles eran los acontecimientos más importantes en la historia del siglo XX español, mencionaron de forma unánime la Guerra Civil y la Transición. Los investigadores constataron también que la generación más joven es la que tenía una actitud más negativa ante el régimen franquista, pero, por el contrario, mantenía una actitud menos dramática ante el recuerdo de esta época. El rechazo al recuerdo o a la comunicación de los traumas generados por la violencia de la guerra era el rasgo generacional de quienes habían sido educados en el ambiente de represión de la dictadura. Otra de las conclusiones más interesantes de su trabajo era que en las polémicas públicas aumentaba la comunicación y por tanto se reforzaba el recuerdo.

Como sabemos, asistimos hoy, y desde muy diferentes ámbitos, a la insistente publicidad del discurso que cuestiona la interpretación que la progresía de la Transición dio de nuestro pasado reciente. Quizás el objetivo prioritario de recuperar la dignidad de las víctimas

³⁶ Espina, A (2004): “Las generaciones del gobierno” en *El País*, 20 de julio.

³⁷ Valencia, J. F. y Páez, D. (1999): “Generación, polémica...”, op.cit.

y de sus familiares ha conducido a esquemas a veces excesivamente simplificados. Este es uno de los terrenos de juego de las relaciones generacionales: cómo a través de los medios de comunicación se está consiguiendo unificar de nuevo el esquema de la memoria social o colectiva que ahora acusa la tercera generación, en principio más crítica y comprometida, pero al parecer con el mismo peligro de terminar en la insinceridad y la manipulación. La comunicación efectiva es más fluida entre las generaciones impares. La generación de los más viejos está resultando la interlocutora natural de ese discurso, pero las fuentes orales confirman, cada vez con mayor frecuencia, la rigidez de las respuestas modeladas en los tópicos de lo mediático o políticamente correcto. Por ejemplo, es frecuente que en los relatos las víctimas sean despojadas de los incidentes de su biografía política en orden seguramente a hacer más explícita e ineludible la necesidad de su rehabilitación, pero al mismo tiempo negándoles su propia identidad si no se ajusta al patrón normalizado de la víctima inocente. Sin embargo, la caracterización discursiva de la memoria de la violencia política responde a una adquisición constante de nuevos significados. Los acontecimientos presentes tienen la virtud de cercar, relevar e iluminar hechos del pasado que se enquistaron en vicios y estereotipos. Por lo mismo, éstos deberían ser evitados en el presente.

Volviendo al caso concreto de Conil de la Frontera, los recuerdos de la primera generación en relación con lo sucedido en los años de la guerra, y el corpus de imágenes añadidas con que otras generaciones los han ido enriqueciendo, han creado una base narrativa sustanciada, en la que los miembros del grupo, según su ideología o de la clase social a la que pertenezcan, pueden identificarse. Brevemente se pueden enumerar una serie de asertos que hoy tienen pleno valor: pueblo de izquierdas, nobleza de una comunidad de vecinos por encima del abuso inmoral del poder político y económico, importancia de los lazos intracomunitarios y de las redes de solidaridad por encima de otros valores, incluyendo los de clase, sobrevaloración de las relaciones personales como vehículo para mejorar económicamente, o el reforzamiento de la actitud fatalista. Son eludidos por sistema determinados nombres, las implicaciones directas en la violencia, la propia violencia contra las mujeres o las divisiones internas dentro de las familias. La prosperidad de las últimas décadas y el desarrollo económico que ha permitido una mayor participación en el disfrute de los beneficios son entendidos como la materialización de una justicia postergada por el abuso de quienes mantuvieron los esquemas de la dictadura. Es decir, las fronteras entre los distintos imaginarios generacionales, desde el punto de vista comunitario, no están tampoco bien delimitadas. La memoria colectiva, su creación, es un proceso de larga duración modelado en el marco de unas determinadas fuerzas económicas y políticas que no han cambiado tanto como en principio podría suponerse, porque lo local tiende a mantener una extraña autosuficiencia anclada en sistemas muy resistentes a su propia transformación. Quiero decir con ello que aunque haya habido un indudable cambio en lo que al sistema político se refiere, sin embargo los nombres de los constructores, de los empresarios más prósperos, de los propietarios de las fincas y casas mejores del pueblo habría que articularlos con el sistema de poder que alimentó la dictadura fascista.

Si comparamos la primera generación con la segunda, vemos cómo la primera acentúa especialmente el valor de la obligación y la responsabilidad familiar, la dicotomía justicia/injusticia, y el respeto a la autoridad. Coincidiendo con el análisis comparativo que

Bodnar realizó entre la generación de la depresión y la de los sesenta en EEUU³⁸, la segunda de nuestras generaciones tiende a subrayar las discontinuidades y los momentos de cambio. En este grupo la variedad biográfica es mayor, porque han tenido que elegir de manera individual y adaptarse o reaccionar a las conquistas de la sociedad más moderna y desarrollada que ellos mismos iniciaron. La generación de la Transición sabe más y tiene más datos porque ha ostentado una posición predominante, pero tiene mayores problemas para el nuevo consenso porque está más aislada. Uno de los rasgos generacionales que actualmente la identifica es la inseguridad. Llama la atención su frecuente recurso al “si yo entonces lo hubiera sabido, habría preguntado más”o bien “es que entonces no se hablaba de esto”. Hay un cambio, potenciado por la generación de los nietos, que implica una mayor valoración de la subjetividad y del ámbito de la familia, aunque también están planteando otras cuestiones más comprometidas, como la de aceptar o no un modelo de conciliación en lo que ésta tenía de paso tutelado por las fuerzas franquistas; y, por supuesto, la reparación para quienes perdieron la guerra y sufrieron violencia y discriminación durante la dictadura. Su relación con la tercera generación tampoco facilita las cosas. Este grupo, identificado también como el de “la generación del 68”, es el de “la negación social del conflicto generacional en el seno de las familias españolas”³⁹. Un mayor grado de tolerancia respecto a las demandas de los hijos, justificado por el deseo de no repetir los esquemas educativos de la dictadura en los que ellos se habían formado, condujo a esta generación a delegar gran parte de su responsabilidad en la educación de los hijos. Eso ha tenido múltiples consecuencias, pero para lo que aquí nos interesa, ha propiciado una mayor intervención de las instituciones públicas en la transmisión de valores culturales y sociales.

En el estudio de las relaciones intergeneracionales destacan los trabajos sobre la memoria transmitida por los supervivientes de los crímenes nazis. A partir de sus aportaciones se tienen códigos de gran utilidad para la investigación de la fijación mnemónica. Es interesante centrarse en el conocimiento de esta generación intermedia, la de los hijos, porque sirve de enlace y de oposición a las otras dos. Así en el trabajo de N. Burchardt⁴⁰ se parte de la formulación de una pregunta esquemática pero eficaz: qué conocían de la experiencia de sus padres y qué aprendieron de ella. La historiadora explica cómo el conocimiento de los hechos se produce en la época de la infancia, pero la conciencia sobre el significado de los mismos sólo se tiene más tarde. Por lo tanto se trata de una comprensión postergada que permite en un tiempo largo la fantasía. Los padres no cuentan porque quieren proteger a sus hijos y los hijos terminan sintiéndose culpables por no haber preguntado. En mi propia investigación sobre la memoria de la guerra civil, he podido constatar el desconcierto repetido ante la pregunta de si hoy le hubiera gustado preguntar más. Igualmente desconcertante les resulta a los entrevistados una de las preguntas sobre la tercera generación: ¿qué ha aprendido usted de sus hijos?

³⁸ Bodnar, J. (1996): “Generational Memory in an American Town” en *Journal of Interdisciplinary History*, xxxvi:4.

³⁹ Comas Arnau, D. (2004): “El canon generacional: una aproximación topológica” en *Sistema*, nº 178.

⁴⁰ Burchardt, N. (1993): “Transgenerational Transmission in the Families of Holocaust Survivors in England” en Bertaux, D. and Thompson, P. (eds): *Between Generations. Family models, Myths and Memories*, Oxford, Oxford University Press.

La tercera generación de este pueblo también ha aprendido a silenciar, no por miedo, sino porque siguen estando inmersos en las redes sociales a las que hemos hecho insistente referencia. No ocurre igual en las clases urbanas, en las que el individuo goza de las ventajas del anonimato. Como ha sido señalado en las sociedades a pequeña escala, “los individuos interactúan repetidamente con los mismos individuos en casi todas las situaciones sociales”⁴¹. Es decir, las relaciones son mucho más intensas y complejas. Lo que sí parece un cambio importante es su clara voluntad de comprensión y explicación. Quieren conocer un pasado familiar que en muchos casos desconocían y que su curiosidad ha conseguido actualizar. Ésta es una aportación innegable de la movilización de la sociedad civil en torno a lo que se ha dado en llamar “recuperación de la memoria” y debería llamarse acaso recuperación de la conciencia histórica y la justicia. En muchas ocasiones se ha tratado del conocimiento a través de las emociones personales, pero eso no rebaja su valor, más bien al contrario, se presenta como una posible vía de superación del sustrato persistente de la dictadura, siempre que se dé un paso más y esta generación más joven sea capaz de convertirse en portavoz de una reclamación que la generación de sus abuelos no pudo hacer y a la que la de sus padres no pudo o no quiso atender.

(Publicado en: **Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea**, nº 6 (2006) <http://hispanianova.rediris.es>)

⁴¹ Benedict, B. (1980): “Características sociológicas de los pequeños territorios y sus repercusiones en el terreno económico” en Wolf, E. R., Mitchell J. C. y otros: *Antropología social de las sociedades complejas*, Madrid, Alianza.